

Quizás alguien podría esclarecer mejor aún a los huéspedes,
expresar mejor la luz de mayo que regocija a los hombres,
o, como entonces, cuando todo era distinto, según la vieja costumbre,
que el constructor dijese su discurso desde lo alto del techo,
en tanto los dioses nos contemplan sonriendo,
puesto que hemos hecho lo nuestro, mientras duró la abundancia.

Bello es el lugar cuando, en los días festivos de la primavera,
más allá del valle, junto al Neckar,
al verde pasto y al bosque y a todos los verdes árboles
innumerables, florecidos de blanco, olas en brazos del viento
que los acuna, al pie de la montaña, cubiertos de nubecillas,
crepusculares y crecidos y tibios, se ven los viñedos bajo los vapores del sol.

Stuttgart

1

Se vive una nueva alegría. Cesó la aridez peligrosa
y ya no calcina las flores la agudeza de la luz.
Las puertas del recinto se han vuelto a abrir y saludable es el jardín,
y murmura el valle deslumbrante tras el frescor de la lluvia,
crece en altura el desbordado arroyo y todas las alas,
reunidas, recorren nuevamente el reino del canto.
Ya el aire se ha henchido de alegría y la ciudad y la floresta
se han colmado en torno de satisfechas criaturas celestes.
Su gozosa locura los reúne y entremezcla, de buen grado,
nada les parece poco ni bastante.
Es cuando el corazón se apresta para henchirse de coraje
pues los afortunados se han concedido un divino espíritu.
Pero también se allegan los vagabundos bien orientados,
reciben sus cánticos y sus guirnaldas y colman de adornos
el sagrado báculo: junto al racimo y al follaje, las ramas
del pino; el rumor crece, de casa en casa, día a día,
y, cual carros uncidos por salvajes en libertad, las montañas
arrastran los rápidos senderos que cuelgan de sus flancos.

2

Han dejado la puerta abierta y alegrado el camino de los dioses,
y han volcado todos los bienes en la comida de los huéspedes,
desde el vino hasta las fresas, la miel y la fruta;
regalada es la purpúrea luz necesaria al canto festivo,
y el frío y el descanso para la profunda conversación amistosa en la noche.
Alguien noble se detiene, alguien que habrá de evitarte el invierno,
y, si quieres, también, tus culpas, oh alegre amante de la primavera.
Ahora otra cosa necesitamos: festejar la llegada del otoño
renovando viejas costumbres, aunque aún luzca entre nosotros
aquel noble. En este día sólo la tierra importa y la ofrenda
se vuelve suya convertida en el fuego de la fiesta.
Zumba en torno nuestro el dios común, trenzando guirnaldas para
nuestros cabellos y, ante nuestros sentidos, el vino se disuelve
como una perla. Es lo que cree la gloriosa mesa cuando, como las abejas,

nos sentamos y cantamos en torno de la encina,
vibran las copas al chocarse y las almas salvajes
incitan en coro a la pelea de los hombres.

3

El tiempo decae pero no termina de huir, como si no
desconfiara de nosotros; es cuando voy al encuentro de la tierra,
hasta su confin, donde la isla y yo nos vemos rodeados
por un torrente de aguas azules y el sitio en que nací.
Hasta las rocas del lugar me son sagradas,
sus dos horizontes, su casa y el verde jardín,
que se levantan entre las nubes. Oh, bienhechora luz,
nos reunimos allí donde me alcanzaron por primera vez
tus excitantes resplandores. Allí comenzó y recomienza
la bienamada vida ¿por qué lloro al ver la tumba del padre?
Lloro y me detengo y estoy con el amigo y oigo la palabra
que, alguna vez, con arte celestial, las penas del amor santificaron.
Pero es otra quien despierta: con ella debería nombrar a los héroes
del país, Barbarossa y tú, buen Cristóbal, y tú Corradino,
que caiga pesadamente sobre la roca donde
verdea la hierba y el bastión oculta al báquico follaje,
pero pesada, como el retorno, resulta al santo cantor
y, en el día del otoño, logramos la expiación entre las sombras.

4

Así el poderoso que piensa y la fortuna que aviva al corazón,
suave, quieto, fiel, bien visto por el cielo,
como los poetas antiguos, que divina y alegremente nos acercan a la tierra.
Un gran futuro espera. Más allá de la colina, en plena montaña,
se han establecido muchos jóvenes. Allí murmuran las vertientes
y atareados arroyos vienen, día y noche, a enriquecer y profundizar el suelo.
El amo trabaja en medio de la tierra y los surcos
siguen la línea del Neckar, van tras las oraciones.
Con ellos viene el aire de Italia, el lago envía
sus nubes y sus soles suntuosos.
La plenitud crece por doquier, aún por sobre nuestras cabezas,
pues en la cercanía el bien enriqueciente del amor alcanza
a los lugareños, sin envidiar al montañés ni sus jardines lejanos,
su rico pasto, su vino, su semilla, sus árboles resplandecientes
que se alinean junto al camino y se alzan sobre el vagabundo.

5

Mientras contemplamos pasa, errante, la potente alegría
y, como dos ebrios, el día y el camino se nos escapan.
Ya se levanta la ciudad, coronada con sacra guirnalda;
entre alabanzas resplandece su presbiterial, cabeza.
Señorial se yergue y levanta hacia las nubes de púrpura
el báculo enlazado de sarmientos y de piñas.
¡Oh, princesa de mi tierra, sé dulce al huésped y al hijo!
¡Dichosa Stuttgart, recibe de mí, amistosa, al extranjero!
Siempre, según creo, presto estuvo tu canto en flautas y cuerdas,
la canción fue infantil en su facundia, y la fatiga,

dulcemente olvidada entre espíritus actuales,
de buena gana regocija también ahora el corazón del cantor.
Pero vosotros, grandes también, dichosos, que en todo tiempo
gozáis de vida y de poder, de autoridad y sabiduría,
en tanto trabajáis y creáis en santa noche, y reináis solitarios,
y sois elevados a la omnipotencia por todo un pueblo,
haced que, emancipado y claro, esté ante vosotros el hombre
que ha recibido el sol.

6

Oh, ángeles de la patria, aunque el ojo solitario esté exhausto
y quebrado el andar, el hombre debe detenerse ante el amigo
y rogar a quienes ama, pues arrastran la dichosa carga.
Gracias a ellos, oh bondadosos, y a todos los demás,
que son mi vida y mi bien entre los mortales.
Pero la noche viene: dejadnos correr hacia la fiesta del otoño
que aún dura. Pleno está el corazón y corta es la vida;
cuanto nos mandó decir la luz del cielo
es apenas un nombre que no nos pertenece.
Excelente te encuentro: sonoro se alzaré el fuego de la amistad
y sagrada ha de volverse, al pronunciarse, la audaz palabra.
Contempla la pureza y los dones amistosos de los dioses
que compartimos y se dan sólo a los amantes.
No a los demás —¡oh, ven, hazte real!— puesto que solo estoy
y nadie aleja el sueño de mi frente.
¡Ven y dame la mano, oh amor! Esto puede bastarnos
y menor será el placer de quien nos suceda.

Pan y vino

1

La ciudad nos rodea y se aquieta; se van calmando las iluminadas calles
al paso de los carruajes rumorosos, ataviados con antorchas.
Los hombres, saciados, vuelven a sus casas, a reposar de la alegre jornada,
victoria y gozo coronan la satisfecha cabeza,
ahora desguarnecida de hojas y de flores,
y el vaivén de las manos ya no atarea al mercado.
Pero aún se oye música en lejano jardín; quizás
un enamorado, o un solitario que recuerda
su juventud, sus lejanas alegrías; y las fuentes no dejan
de fluir y murmurar tras el seto vaporoso.
Lentas vibran en el crepúsculo las sonoras campanas
y un reloj cuenta el número de las horas pensativas.
Llega una brisa y humedece las cumbres de los árboles,
¡mira la luna misteriosa, fantasma de nuestra tierra!
Viene la noche, la seductora desasosegada, llena de estrellas,
esas extranjeras entre los hombres que sobre las cimas
de las montañas brillan, suntuosas y tristes.

2

Prodigioso es todo favor de aquellos dueños de la altura
y nadie sabe cuándo ni qué ocurre entre ellos.

El mundo y el alma agitada de los hombres siguen en movimiento; ningún sabio descifra cuanto se apresta, salvo que el dios supremo mucho te ama, y más habrá de amarte, en tanto transcurran los asoleados días. Pero también el ojo iluminado ama la tiniebla y procura su placer, donde anida la angustia, y el sueño, y contempla en la noche, complacido, al otro feligrés, y se enternece al cederle su canto y su guirnalda, puesto que la noche ha sido consagrada al extraviado y a los muertos que a sí mismos se bastan en la libertad de sus espíritus. Ella es quien nos protege, sólo ella, en la tiniebla y en los momentos de vacilación, y gracias al olvido y al sagrado licor nos es acordada la torrencial palabra que surge, como un amante, en la vacuidad de la vida y en la plenitud de los cálices, sospecha también santa que despierta para permanecer en la noche.

3

En vano se recoge el corazón dentro del pecho, y también en vano reciben amos y siervos la protección del coraje.
 ¿Quién puede prohibirnos la alegría?
 También el fuego divino se impulsa a arder, día y noche. Se acerca ya el que buscamos, contemplando, en el inmenso espacio abierto, y permanece firme. Sea a mediodía o cerca de medianoche basta con la común medida: de todos apartada, va y viene continuamente, siguiendo el curso del que llega. Los sentidos, alegremente conmovidos, pueden entregarse a la burla cuando, en medio de la santa noche, el cantor es rápidamente alcanzado. Ya llegamos al istmo donde susurra el abierto mar junto al Parnaso y su nieve, que rodean resplandecientes rocas délficas, tierra olímpica, alta Citerea, donde, en el país de Kadmos, murmuran Ismenos y Tebas entre el ramaje de los pinos, allí donde el dios se explica en el retorno.

4

¡Bendita Grecia, morada de todo el cielo!
 ¿Es verdadero lo que oí en mi juventud?
 ¡Recinto festivo cuyo pavimento es el mar y cuyas mesas son las montañas, el único deber de los antiguos fue construirte!
 Pero, ¿dónde están los tronos, y los templos, y los cálices que, de néctar colmados, despertaron en los dioses el placer del canto?
 ¿Dónde brillan las palabras oídas a lo lejos?
 ¿Dónde se adormece Delfos y vibra la voz del destino?
 ¿Dónde llega, veloz, y dónde estalla, henchido de futuras alegrías, tronando, ante los ojos, en el aire cálido?
 A través del éter paterno clama y vuela de lengua en lengua, repartido en mil pedazos, evitando toda mentira sobre la vida; es un bien que se regocija dividiéndose, llega a ser jubiloso ante la visión del extranjero, y sigue creciendo, en un sueño profético, con la raíz en la palabra del poder. Paterno, cálido, enorme, resuena el símbolo originario, heredado de los mayores, otra vez alcanzado y recreado. Así transcurre el día de los dioses, que crecen y se conmueven junto a las sombras, entre los humanos.

5

Llegan primero los niños, sin hacerse oír,
 se deslizan juntos y se aproximan a la claridad, a la alegría que enceguece,
 lo cual horroriza al hombre, casi un semidiós,
 pues quienes se acercan con dones llevan un nombre.
 Pero es grande el coraje de los niños y les llenan el corazón
 sus alegrías, y el bien se vuelve necesario,
 en tanto lo profano se crea, desaparece y se santifica,
 tocado por la mano del hombre, con bondad, con locura.
 Quizá por tal causa padezcan los dioses: pero ya que, en realidad,
 son ellos quienes vienen, habitual terminará siéndoles el hombre
 que manifiesta su alegría y su jornada, su rostro, el que,
 ha mucho, es conocido como Único y Todo,
 su profundo pecho, agitado por el gozo en libertad,
 y su deseo, al principio solitario y siempre regocijado;
 así es el hombre: cuando el bien está allí, y un dios
 mismo alárgale los dones, no lo reconoce, ni siquiera lo ve.
 Deben serle acercados; pero ahora lo llama su amor,
 por eso es que ahora deben renacer las palabras como las flores.

6

Es tiempo de honrar dignamente a los benditos dioses,
 real y verdaderamente todo debe manifestarles su alabanza,
 pues sólo quien viene de la altura es digno de ver la luz,
 y no ha de honrárselo en presencia del éter.
 Aquí, en el pasado, los dioses dignáronse quedarse,
 estableciendo, por señorío, el derecho de los pueblos,
 los unos junto a los otros, y construyeron bellos templos y ciudades,
 firmes y nobles; y luego ascendieron desde los bordes del mar.
 ¿Dónde están ahora? ¿Dónde florecen los sabios, corona de la fiesta?
 Marchitadas Tebas y Atenas ¿no murmuran ya las armas en Olympia,
 ni el dorado carro de la cuádriga,
 ni se enguirnalda ya la corintia nave?
 ¿Por qué calla también el antiguo sagrado teatro?
 ¿Por qué no se alegra la danza ceremonial?
 ¿Por qué la frente de un hombre no es ya símbolo de dios,
 ni aparece el estigma en los elegidos?
 Quizás hayan vuelto, tomando la forma de los hombres,
 y ahora sirvan de consuelo en la fiesta celestial.

7

Hemos llegado tarde, amigo. Viven aún los dioses,
 pero allá arriba, en otro mundo,
 donde cumplen infinitos trabajos y parecen lamentarse;
 bastante nos conceden con dejarnos vivir.
 No siempre les corresponde ser creadores de la criatura
 y sólo a veces alcanza el hombre la divina plenitud.
 La vida es ensueño de dioses, pero con la ayuda
 del sueño y la locura, que adensan la angustia y la noche,
 hasta que el héroe haya crecido lo bastante en su cuna de bronce,
 juntos su corazón y su fuerza, como entonces, figura de dios.
 Al son de truenos se aproxima la divinidad. Es cuando mejor
 me parece el sueño, pues estoy como aislado entre dioses,